

EDICIÓN

47

Diciembre / 2019

EL FARO

LLEVANDO LUZ A LAS NACIONES

Las Ministraciones de:

JESÚS

SERVICIOS

DEVOCIONALES

MARTES - JUEVES - DOMINGOS

7:00 PM

7:00 PM

10:00 AM



Editorial

El evangelio de Juan empieza diciendo, que antes que todo comenzara ya existía la Palabra. La Palabra estaba con Dios y la Palabra era Dios. Cuando Dios creó todas las cosas, allí estaba la Palabra (TLA Juan 1:1,2). Cabe notar en esta porción de la Escritura, la eternidad de la Palabra (Verbo) de Dios, que es y que permanece para siempre. Este Verbo se hizo carne y habitó corporalmente en Cristo; Dios tomó forma de hombre y habitó entre los hombres. Por su parte el apóstol Pablo, dice que Dios nos libró del dominio de las tinieblas y nos trasladó al reino de su Hijo amado, en quien tenemos redención, el perdón de los pecados. Él es la imagen del Dios invisible, el primogénito de toda creación. Porque en Él fueron creadas todas las cosas, tanto en los cielos como en la tierra, visibles e invisibles; ya sean tronos o dominios o poderes o autoridades; todo ha sido creado por medio de Él y para Él (Colosenses 1:13-15). El Verbo se hizo hombre y habitó como uno de nosotros, con nuestras limitaciones y con nuestras necesidades, con un cuerpo de bajeza semejante al nuestro, pero sin pecado. El Señor se despojó de su gloria y fue a la cruz, pero en cada una de las etapas de su desarrollo humano, necesitó ser ministrado (diakonia G1249, diácono, siervo, servicio, atender, ministrar) por el Padre y por los hombres.

Cada una de las ministraciones del cuerpo físico del Señor, tiene relación con las ministraciones que debe recibir el cuerpo místico de Cristo, para alcanzar la condición de un hombre maduro, la medida de la estatura de la plenitud de Cristo (Efesios 4:13). Desde el momento de su virginal concepción en María, el ángel le dijo: concebirás en tu seno y darás a luz un hijo y le pondrás por nombre Jesús. Este será grande y será llamado Hijo del Altísimo; y el Señor Dios le dará el trono de su padre David. María se sorprendió de estas palabras, pues ella no había conocido varón y el ángel le dijo: El Espíritu Santo vendrá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso el santo Niño que nacerá será llamado Hijo de Dios (Lucas 1:31-35). Esto nos habla, de lo que el Señor llamó el Nuevo Nacimiento, nos es necesario nacer del agua y del Espíritu para poder entrar al reino de Dios, lo que es nacido de la carne, carne es y lo que es nacido del Espíritu, espíritu es (Juan 3:1-5). Posteriormente José subió de Galilea a Nazaret a Belén, la ciudad de

David, donde María dio a Luz a su hijo primogénito; lo envolvió en pañales y lo acostó en un pesebre. En aquella región había pastores, que estaban en el campo cuidando sus rebaños durante las vigias de la noche. Un ángel se les presentó y les dijo: No temáis, porque he aquí, os traigo buenas nuevas de gran gozo que serán para todo el pueblo; porque os ha nacido hoy, en la ciudad de David, un Salvador, que es Cristo el Señor. Y esto os servirá de señal: hallaréis a un niño envuelto en pañales y acostado en un pesebre. Y de repente apareció con el ángel, una multitud de los ejércitos celestiales alabando a Dios. Posteriormente presentaron al Señor en el templo y fue circuncidado según la ley de Moisés (Lucas 2). Cuando Jesús tenía como treinta años, fue bautizado por Juan en las aguas del Jordán; cuando Jesús salió del agua, los cielos se abrieron y el Espíritu de Dios descendió como una paloma sobre Él y se oyó una voz de los cielos que decía: Este es mi Hijo amado en quien me he complacido (Mateo 3:14-16).

También es necesario que nosotros seamos bautizados en agua, tal como dice la Palabra: El que crea y sea bautizado será salvo; pero el que no crea será condenado (Marcos 16:16). Posteriormente el Señor fue llevado por el Espíritu al desierto para ser tentado por el enemigo y lo venció mediante la Palabra de Dios, es por esta razón, que es necesario conocer la Biblia. Cuando el diablo se vio vencido, le dejó y ángeles vinieron a servirle. En el proceso de nuestra vida, habrá momentos en que también necesitaremos la ministración angélica, como dice la Escritura ¿No son todos ellos espíritus ministradores, enviados para servir por causa de los que heredarán la salvación? (Hebreos 1:14). En otra oportunidad el Señor tomó a Pedro, Juan y Jacobo y ante ellos manifestó su gloria, se transfiguró delante de ellos, los hizo testigos de su naturaleza divina, de la cual también nos ha hecho participantes (2 Pedro 1:4). El Señor tuvo que padecer hasta la muerte de Cruz para darnos con Él la vida eterna, como dice Pablo: Y si hijos, también herederos; herederos de Dios y coherederos con Cristo, si en verdad padecemos con Él a fin de que también seamos glorificados con Él. Pues considero que los sufrimientos de este tiempo presente, no son dignos de ser comparados con la gloria que nos ha de ser revelada (Romanos 8:17,18).



Director General

Pastor Pedro Legrand

Portada y Edición

Pastor Pedro Legrand

Jonatan Aguilar

Redacción y corrección de estilo

Pastor Pedro Legrand

Jonatan Aguilar

Jorge Vasquez

Redactores del ministerio

17 Avenida 5-62 Zona 1
Ciudad de Guatemala

Teléfono / whatsapp:
+502 54744779

idcluzdelasnaciones@gmail.com
www.idcluzdelasnaciones.com



Si esta revista te ha bendecido

Puedes enviar tu colaboración

al No. de cuenta: 02-0018258-6

A nombre de: Iglesia Luz de las Naciones

Banco: G&T Continental

Presentación

La ciencia nos enseña que el ciclo de la vida del ser humano es nacer, crecer, reproducirse y por último morir, después de esto no hay nada, la materia se transforma o regresa a ser energía pura, etc. Este pensamiento ha dejado al ser humano sin esperanza, sin propósito, sin dirección y ni que hablar de la salvación, es por esto que la Biblia nos enseña que debemos ser instruidos, pues sin conocimiento, ciertamente el pueblo de Dios perecerá (Oseas 4:6). De esto nos advierte el apóstol Pablo cuando dice: Y no os adaptéis a este mundo, sino transformaos mediante la renovación de vuestra mente, para que verifiquéis cuál es la voluntad de Dios: lo que es bueno, aceptable y perfecto (Romanos 12:2). Debemos conocer y enseñar a nuestras generaciones la Escritura, pues dice la Biblia: Educa a tu hijo desde niño y aun cuando llegue a viejo seguirá tus enseñanzas (TLA Proverbios 22:6). Dios dijo de un hombre llamado Abraham: Yo lo he escogido para que mande a sus hijos y a su casa después de él que guarden el camino del Señor, haciendo justicia y juicio, para que el Señor cumpla en Abraham todo lo que Él ha dicho acerca de él (Génesis 18:19).

Abraham recibió la promesa de un hijo, el cual tendría en su vejez, después de concebir y dar a luz al niño, aconteció unos años después Dios probó a Abraham y le pidió lo que más amaba, su hijo Isaac. Abraham amaba al Señor, por lo que no le negó a su hijo y fue para sacrificarlo, al lugar que el Señor le mostraría; al momento del sacrificio, Abraham levantó su mano con el cuchillo, pero el Señor no dejó que lo tocara. Hablándole el ángel del Señor lo llamó desde el cielo y le dijo: ¡Abraham, Abraham! Y él respondió: Heme aquí. Y el ángel dijo: No extiendas tu mano contra el muchacho, ni le hagas nada; porque ahora sé que temes a Dios, ya que no me has rehusado tu hijo, tu único. Y el Señor entonces le proveyó un carnero en su lugar (Génesis 22:11-13). El no haberse negado a dar su único, su hijo amado y el hijo no haberse negado a ser el sacrificio, movió el corazón del Señor a manifestar la salvación para su pueblo y la figura o sombra del Nuevo Pacto, pues se dice de Abraham: Ahora bien, las promesas fueron hechas a Abraham y a su descendencia. No dice: y a las descendencias, como refiriéndose a muchas, sino más bien a una: y a tu descendencia, es decir, Cristo (Gálatas 3:16). Esta promesa se manifestó muchos siglos después, cuando a María, una virgen desposada con José,

se le apareció el ángel del Señor y le dijo: ¡Salve, muy favorecida! El Señor es contigo; bendita tú entre las mujeres. A través de esta visitación ella estaba recibiendo la responsabilidad de ser la tutora del Hijo de Dios, quien sería el salvador del mundo. El ángel le dijo: ahora concebirás en tu vientre y darás a luz un hijo y llamarás su nombre Jesús y reinará sobre la casa de Jacob para siempre y su reino no tendrá fin (Lucas 1:31-33). Después del nacimiento de Jesús, cuando se cumplieron los días de la purificación conforme a la Ley, lo trajeron a Jerusalén para presentarlo al Señor; como está escrito en la Ley del Señor: Todo varón que abriere matriz será llamado santo al Señor. Jesús fue presentado en el templo y a través de este suceso, se cumple palabra dada a Simeón, un hombre justo y piadoso, que esperaba la consolación de Israel; y el Espíritu Santo estaba sobre él. Y le había sido revelado por el Espíritu Santo, que no vería la muerte antes que viese al Ungido del Señor. Y movido por el Espíritu, vino al templo. Y cuando los padres del niño Jesús lo trajeron al templo, para hacer por él conforme a lo que está escrito, Él lo tomó en sus brazos y bendijo a Dios diciendo: Ahora Señor, despide a tu siervo en paz, Conforme a tu palabra; Porque han visto mis ojos tu salvación. Y bendijo Simeón a los padres del niño y dijo a su madre María: He aquí, este Niño ha sido puesto para la caída y el levantamiento de muchos en Israel y para ser señal de contradicción (Luc 2:27-34).

La presentación de Jesús en el templo, fue una de las ministraciones que no solo bendijo la vida de sus padres, sino también la de los demás, mostrándonos el destino de nuestra vida, aun desde el vientre de nuestra madre, como le dice el Señor a Jeremías: Antes que yo te formara en el seno materno, te conocí y antes que nacieras, te consagré, te puse por profeta a las naciones (Jeremías 1:5). Y el niño crecía y se fortalecía y se llenaba de sabiduría; y la gracia de Dios era sobre Él. Y cuando tuvo doce años, subieron a Jerusalén conforme a la costumbre de la fiesta. Al regresar ellos, acabada la fiesta, se quedó el niño Jesús en Jerusalén, sin que lo supiesen José y su madre. Y aconteció que tres días después le hallaron en el templo, sentado en medio de los doctores de la Ley, oyéndolos y preguntándoles. Y todos los que le oían, se maravillaban de su intelligen-

cia y de sus respuestas. Cuando le vieron se sorprendieron; y le dijo su madre: Hijo, ¿por qué nos has hecho así? He aquí, tu padre y yo te hemos buscado con angustia. Entonces Él les dijo: ¿Por qué me buscabais? ¿Acaso no sabíais que me era necesario estar en la casa de mi Padre? Y Jesús crecía en sabiduría y en estatura y en gracia para con Dios y los hombres (Lucas 2:40-52).

Como podemos ver, Simeón recibió en sus brazos a Jesús, como figura del Padre quien le da la bienvenida al Señor a su propia casa. De la misma manera podemos ver a Ana la profetiza, quien llegó en ese momento a dar gracias a Dios por la vida del niño; en el Antiguo Testamento, también aparece una mujer llamada Ana madre de Samuel, quien entregó a su hijo al servicio del templo, esta ministración a Cristo hace eco a las palabras dichas por el Señor a Moisés: Bien han hablado en lo que han dicho. Un profeta como tú levantaré de entre sus hermanos y pondré mis palabras en su boca y Él les hablará todo lo que yo le mande (Deuteronomio 18:17-18).

Como podemos ver, también nosotros como hijos de Dios, debemos ser presentados delante del Señor y luego de ser circuncidados de corazón, entregarnos al servicio de nuestro Dios, al servicio de su obra y habitar en su casa, como dice el salmo: Una cosa he pedido al Señor y ésa buscaré: Que habite yo en la casa del Señor todos los días de mi vida, para contemplar la hermosura del Señor y para meditar en su templo (Salmo 27:4). Esta ministración es la que la iglesia necesita tener día tras día, presentarse ante su amado y ser portadores de las buenas nuevas de salvación por medio de Jesucristo, como dice la escritura: Dios amó tanto a la gente de este mundo, que me entregó a Mí, que soy su único Hijo, para que todo el que crea en Mí no muera, sino que tenga vida eterna. Porque Dios no Me envió a este mundo para condenar a la gente, sino para salvarla (TLA Juan 3:16-17). Y nos agrega: Poca cosa es que tú seas mi siervo, para levantar las tribus de Jacob y para restaurar a los que quedaron de Israel; también te haré luz de las naciones, para que mi salvación alcance hasta los confines de la tierra (Isaías 49:6).

Bautismo

El Señor Dios comenzó a tener una relación muy cercana con el hombre desde el principio, pues cuando el Señor lo creó, lo hizo a su imagen conforme a su semejanza y soplo en su interior el aliento de vida, es decir que puso una parte de sí mismo en la humanidad; esto fue una bendición para el hombre, pues el Señor se paseaba en el huerto y platicaba con él, Adán recibía la ministración de la gloria de Dios, su pureza, su resplandor y su magnificencia (Génesis cap. 1,2); pero después de la caída por el pecado de Adán, se rompió el vínculo con el Padre, hubo necesidad de abrir un camino de regreso y para este propósito envió el Señor a su propio Hijo, pero antes de enviarlo, pasaron muchos siglos y Dios habló en muchas ocasiones y de muchas maneras a los patriarcas por medio de los profetas, para luego hablarles por medio de su Hijo Amado (Hebreos 1:1-2) Cuando el Señor Jesús se manifestó en este mundo, dijo que no creyeran que venía a quitar la Ley, ni a decir que las enseñanzas de los profetas ya no valían, más bien por el contrario: vino a darles su verdadero valor (Mateo 5:17).

Sabiendo que su Hijo habría de venir a tabernacular en medio de este pueblo, Dios dijo por medio del profeta Isaías: Preparad en el desierto camino al Señor; allanad en la soledad calzada para nuestro Dios. Todo valle sea elevado y bajado todo monte y collado; vuélvase llano el terreno escabroso y lo abrupto, ancho valle. Entonces será revelada la gloria del Señor y toda carne a una la verá, pues la boca del Señor ha hablado (Isaías 40:3-5). En este extracto de la Escritura, el Señor habló de Juan el bautista, quién llegó a predicar al desierto de Judea a la orilla del río Jordán. En su predicación llamaba al arrepentimiento a todos los que se acercaban, preparando así el camino para aquel a quien el Señor envió a redimirnos, es decir el Señor Jesús. Un día vino Jesús, llegó de Galilea al lugar donde Juan se encontraba para ser bautizado por él. Cuando Jesús se acercó a Juan, este le dijo: Yo necesito ser bautizado por ti ¿y tú vienes a mí? Y no le permitía bautizarse, pero el Señor le respondió: Permítelo ahora; porque es conveniente que cumplamos así toda justicia. Entonces Juan se lo permitió y después de ser bautizado, Jesús salió del agua inmediatamente; y he aquí, los cielos se abrieron y Juan vio al Espíritu de Dios que descendía como una paloma y venía sobre Él. Y he aquí, se oyó una voz de los cielos que decía: Este es mi Hijo amado en quien me he complacido (Mateo 4). Como podemos ver este es el alfa o el principio

del ministerio de Jesús y para poder preparar el camino, era necesario que el Señor recibiera la ministración que desde antes, Dios el Padre había preparado para Él, comenzando con Juan el bautista en quien se movía el espíritu de Elías. Al poner atención al atuendo y alimentación de este varón de Dios, nos daremos cuenta de lo que Jesús necesitaba como equipamiento para comenzar su ministerio, veamos como lo describe la Palabra: Y él, Juan, tenía un vestido de pelo de camello y un cinto de cuero a la cintura; y su comida era de langostas y miel silvestre. Cabe destacar que lo primero de lo que nos habla la Escritura, es de su vestido, el cual era de pelo de camello.

La palabra camello viene de la raíz hebrea (H1580) gámal, que quiere decir ser propicio, lo que nos muestra que Juan fue preparado para ministrar a Jesús en el llamado al ministerio, pues él mismo era un ministro bajo la cobertura del Padre. Otro elemento en la vestimenta de Juan es su cinturón, cuando vamos a la carta a los efesios, el apóstol Pablo dice que nuestra lucha no es contra carne y sangre y nos aconseja diciendo, que tomemos la armadura espiritual y entre los elementos que la integran dice: ...Manteneos firmes, ceñidos con el cinturón de la verdad, protegidos por la coraza de justicia... (Efesios 6:11-18), por medio de Juan el Señor ceñió por así decirlo los lomos de Jesús para que tomara fuerza y se mantuviera firme en la misión que le había sido delegada. Cuando ponemos atención incluso a la alimentación de Juan, nos damos cuenta que las langostas fueron una plaga de maldición enviada en contra de Faraón y los egipcios, que endurecidos en su corazón se volvieron los enemigos de Jehová de los ejércitos (Éxodo 10).

Esto ministró y preparó a Jesús para llevar sobre sí, todo nuestro pecado y nuestra maldición, como dice el apóstol Pedro: Y El mismo llevó nuestros pecados en su cuerpo sobre la cruz, a fin de que muramos al pecado y vivamos a la justicia, porque por sus heridas fuisteis sanados. Pues vosotros andabais descarriados como ovejas, pero ahora habéis vuelto al Pastor y Guardián de vuestras almas (1 Pedro 2:24-25/Isaías 53:4). El profeta Joel habló en su profecía sobre el Señor diciendo: Ustedes, habitantes de Jerusalén, ¡hagan fiesta en honor de nuestro Dios! En el momento justo, Dios nos enviará la lluvia como lo hacía en tiempos pasados. Como prueba de su perdón, hará que venga la lluvia temprana y la tardía como en el principio...

Entonces os compensaré por los años que ha comido la langosta, el pulgón, el saltón y la oruga, mi gran ejército, que envíe contra vosotros (Joel 2); la lluvia temprana es la figura de Cristo y la lluvia tardía, figura del Espíritu Santo; entonces todo lo que nos fue arrebatado por la plaga de langostas nos será devuelto, entonces la maldición fue quitada por Jesús, pues dice la Escritura: Él anuló el acta de los decretos que había contra nosotros, que nos era contraria y la quitó de en medio clavándola en la cruz (Colosenses 2:14-17). Para soportar la maldición y no caer, también el Padre ministró a Jesús a través de la miel silvestre que comía Juan, pues esta es figura de la Palabra revelada, con la cual, como veremos más adelante, el Señor resistió al Tentador. Siendo bautizado por el agua, vino la ministración directa del Padre sobre Jesús; después de salir del agua recibió al Espíritu Santo, quien le acompañaría en su ministerio terrenal hasta haber cumplido con su cometido; y a quien el Padre enviaría para acompañar al cuerpo místico de Jesucristo, es decir la iglesia (1 Corintios 12).

Después de recibir estas ministraciones, Jesús fue llevado por el Espíritu al desierto para ser tentado por el Diablo; después de cuarenta días con sus noches, se acercó el Tentador y le dijo: Si eres Hijo de Dios, di que estas piedras se conviertan en pan. Pero Jesús le dijo: Escrito está: No solo de pan vivirá el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios. Entonces el Diablo le llevó a la Ciudad Santa y le puso sobre el pináculo del templo y le dijo: Si eres Hijo de Dios, lázate abajo, pues escrito está: A sus ángeles te encomendará y en las manos te llevarán, no sea que tu pie tropiece en piedra. Y Él respondió también está escrito: No tentarás al señor tu Dios. Otra vez el Diablo le llevó a un monte muy alto y le mostró todos los reinos del mundo y la gloria de ellos y le dijo: Todo esto te daré, si postrándote me adoras. Entonces Jesús le dijo: ¡vete, Satanás! porque escrito está: Al Señor tu Dios adorarás y solo a Él servirás.

El Diablo entonces le dejó y en ese momento vinieron ángeles y le servían (Mateo 4:1-11 LBLA). La ministración que el Padre dio a Jesús por medio de Juan dio como resultado su fortaleza y determinación para mantenerse firme en contra del Tentador; como dice la Escritura: sabiendo que la prueba de vuestra fe produce paciencia; que la paciencia tenga su perfecto resultado, para que seáis perfectos y completos, sin que os falte nada (Santiago 1:3-4 LBLA).

Cristo fue el primogénito de todos nosotros y es por esto que al igual que Él, nosotros también necesitamos estas ministraciones, para llegar a la estatura del varón perfecto (Efesios 4:10-16).

Transfiguración

Caminando por el mar de Galilea el Señor se encontró con Simón a quien llamó Pedro, Andrés su hermano, Jacobo y Juan, hijos de Zebedeo, a quienes les dijo: Seguidme. Entonces ellos, dejando las redes, le siguieron (Mateo 4:18-22). Así empezó el Señor a trabajar con ellos, después encontró a Felipe, Bartolomé, Tomas, Mateo, Jacobo y Tadeo; hasta que se completaron doce discípulos, a quienes llamó apóstoles; Él les dio instrucciones, diciendo: No vayan por camino de gentiles y en no entren en ciudad de samaritanos, sino vayan a las ovejas perdidas de la casa de Israel y prediquen diciendo: El reino de los cielos se ha acercado. Sanen enfermos, limpien leprosos, resuciten muertos, echen fuera demonios: de gracia recibieron, den de gracia (Mateo 10:5-8).

Ellos fueron los primeros en ser enviados a predicar las Buenas Nuevas, después envió a los setenta, para que fueran y prepararan el camino para su llegada a aquellos lugares; debían ir a las casas y predicar que el reino de Dios se había acercado (Lucas 10:5-9). Un día Jesús preguntó a sus discípulos diciendo: ¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del Hombre? Ellos dijeron: Unos, Juan el Bautista; otros, Elías y otros, Jeremías o alguno de los profetas. Él les dijo: Y vosotros, ¿quién decís que soy yo? Respondiendo Simón Pedro, dijo: Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente. Jesús le dijo: Bienaventurado eres, Simón, hijo de Jonás, porque esto no te lo reveló carne ni sangre, sino mi Padre que está en los cielos. Luego de la revelación de Pedro, el Señor les ordenó a los discípulos que a nadie dijeran que Él era el Cristo (Mesías) y Jesús empezó a declarar a sus discípulos que debía ir a Jerusalén y sufrir muchas cosas de parte de los ancianos, de los principales sacerdotes y de los escribas y ser muerto y resucitar al tercer día (Mateo 16:13-21).

Unos días más tarde el Señor tomó consigo a Pedro, Jacobo y a Juan y los llevó aparte a un monte alto, para que vieran su gloria tal como dice Juan: Padre, quiero que los que me has dado, estén también conmigo donde yo estoy, para que vean mi gloria, la gloria que me has dado... (Juan 17:24). Estos varones eran los más allegados a Jesús, los pudo haber dejado al pie del monte, pero en su amor por ellos, los tomó como testigos de los eventos más importantes de su ministerio; ellos no sabían lo que Jesús les tenía reservado aquel día; como muchos de nosotros que no imaginamos lo que nos puede esperar al subir al monte del Señor. Jesús subió al monte a

orar y mientras oraba, la apariencia de su rostro se transfiguró, se hizo otra y su ropa se hizo blanca y resplandeciente, su rostro resplandeció como el sol y sus vestiduras se volvieron blancas como la luz. La palabra transfiguración (G339 metamorfóo), según el diccionario (RAE), consiste en un cambio que experimentan muchos animales durante su desarrollo y que se manifiesta no solo en la variación de forma, sino que también en las funciones y en el género de vida. Pablo dijo con relación a la transformación del nuevo hombre: Por tanto, nosotros todos, mirando a cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen, como por el Espíritu del Señor (2 Corintios 3:18). Y aparecieron en gloria Moisés y Elías y hablaban de la partida de Jesús, que Él estaba por llevar a cabo en Jerusalén. Moisés representa el Antiguo Pacto y es figura de Cristo el libertador, la Palabra dice: Un profeta de en medio de ti, de tus hermanos, como yo, te levantará el Señor tu Dios; a él oiréis (Deuteronomio 18:15).

Elías representa al profeta que restaura el pacto de Dios con su pueblo y prepara la venida del Mesías, como indica el texto: Elías le dijo al pueblo: Si el Señor es Dios, seguidle; y si Baal, seguidle a él... (1 Reyes 18:21). Malaquías dice: He aquí, yo os envío al profeta Elías antes que venga el día del Señor, día grande y terrible. Él hará volver el corazón de los padres hacia los hijos y el corazón de los hijos hacia los padres, no sea que venga yo y hiera la tierra con maldición (Malaquías 4:5-6). Es interesante notar que el Señor llamó a Moisés y Elías, como testigos de lo que pronto sucedería en Jerusalén (Deuteronomio 19:15) y de la misma forma llamó a Pedro, Juan y Jacobo; de igual manera nosotros también somos testigos de la gloria del Señor. Cuando se les ordenó a los apóstoles que no podían enseñar ni hablar en el nombre de Jesús, ellos dijeron: nosotros no podemos dejar de decir lo que hemos visto y oído (Hechos 4:20). Pedro tomó la palabra y dijo a Jesús: Señor, bueno es estarnos aquí; si quieres, haré aquí tres enramadas, una para ti, otra para Moisés y otra para Elías. Cristo es el centro de toda la revelación, pues se nos muestra como el mediador del Nuevo Pacto (Hebreos 10:1-17; Lucas 24:25-28). Mientras Pedro aún estaba hablando, he aquí,

una nube luminosa los cubrió y una voz salió de la nube diciendo: Este es mi Hijo amado en quien me he complacido; a Él oíd (Mateo 17:4,5). Pablo dijo a los filipenses: Haya, pues, en vosotros esta actitud que hubo también en Cristo Jesús, el cual, aunque existía en forma de Dios, no consideró el ser igual a Dios como algo a qué aferrarse, sino que se despojó a sí mismo tomando forma de siervo, haciéndose semejante a los hombres.

Y hallándose en forma de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte y muerte de cruz. Por lo cual Dios también le exaltó hasta lo sumo y le confirió el nombre que es sobre todo nombre, para que al nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en el cielo y en la tierra y debajo de la tierra y toda lengua confiese que Jesucristo es Señor, para gloria de Dios Padre (Filipenses 2:5-11). En el ejemplo de la sujeción de Cristo a la voluntad del Padre, podemos ver la bendición que el Señor trae para los hijos de Dios al obedecer su voluntad. Por el contrario Dios habló a Saúl por medio de Samuel diciendo: ¿Se complace el Señor tanto en holocaustos y sacrificios como en la obediencia a la voz del Señor? He aquí, el obedecer es mejor que un sacrificio y el prestar atención, que la grosura de los carneros... Por cuanto has desechado la palabra del Señor, Él también te ha desechado para que no seas rey (1Samuel 15:22,23).

La transfiguración de Cristo nos habla de la gloria que recibió el Señor al morir a su propia voluntad y hacer la voluntad del Padre. Esta gloria se manifestó en la resurrección, como dice Pablo: ... nuestro Señor Jesucristo, fue declarado Hijo de Dios con poder, conforme al Espíritu de santidad, por la resurrección de entre los muertos (Romanos 1:4). Esa gloria de la que Pedro, Juan y Jacobo fueron testigos, nos indica que por su gran misericordia y gracia, nosotros los que hemos puesto nuestra esperanza en Él, también seremos glorificados, tal como dice Pablo a los Romanos: Porque a los que de antemano conoció, también los predestinó a ser hechos conforme a la imagen de su Hijo, para que Él sea el primogénito entre muchos hermanos; y a los que predestinó, a éstos también llamó; y a los que llamó, a éstos también justificó; y a los que justificó, a éstos también glorificó (Romanos 8:29,30).

Pasión

En el Antiguo Testamento a través de la Ley y los profetas, se dio anuncio de la venida de un hombre enviado de Dios, un profeta como Moisés, al cual el pueblo de Israel debía escuchar (Deuteronomio 18:15). A través del profeta Miqueas, se nos anuncia y describe la venida del Mesías (Cristo), cuando dijo: Con una vara herirán en la mejilla al juez de Israel. Pero tú, Belén Efrata, aunque eres pequeña entre las familias de Judá, de ti me saldrá el que ha de ser gobernante en Israel. Y sus orígenes son desde tiempos antiguos, desde los días de la eternidad (NBLH Miqueas 5:1-2). Es impresionante saber, que esto fue anunciado por el profeta cuatrocientos años antes del nacimiento de Jesús, de quien nos habla la Escritura diciendo: Cristo era como Dios en todo sentido, pero no se aprovechó de ser igual a Dios. Al contrario, Él se quitó ese honor, aceptó hacerse un siervo y nacer como un ser humano. Al vivir como hombre, se humilló a sí mismo y fue obediente hasta el extremo de morir en la cruz (Filipenses 2:6-8 PDT).

Un ángel habló a María diciendo: ¡Dios te guarde, oh altamente favorecida! el Señor es contigo: ¡bendita tú entre las mujeres! Aquella mujer fue escogida para llevar en su vientre al Hijo de Dios, quien sería concebido por medio del Espíritu Santo. Tiempo después nació Jesús y crecía en sabiduría, en estatura y en gracia para con Dios y los hombres (Lucas 2:52). Un día el Señor se encontraba a solas con sus discípulos y les preguntó: ustedes ¿Quién creen que soy yo? Pedro contestó: El Cristo (Mesías), el Hijo de Dios. Y Jesús, respondiendo, le dijo: Bienaventurado eres, Simón, hijo de Jonás, porque esto no te lo reveló carne ni sangre, sino mi Padre que está en los cielos. Yo también te digo que tú eres Pedro y sobre esta roca edificaré mi iglesia; y las puertas del Hades no prevalecerán contra ella... Desde entonces Jesucristo comenzó a declarar a sus discípulos que debía ir a Jerusalén y sufrir muchas cosas de parte de los ancianos, de los principales sacerdotes y de los escribas y ser muerto y resucitar al tercer día (Lucas 9:10-20; Mateo 16:17-21). El Señor conociendo su destino, se encaminó como de costumbre hacia el monte de

los Olivos; y los discípulos también le siguieron. Cuando llegó al lugar, les dijo: Orad para que no entréis en tentación. Y se apartó de ellos como a un tiro de piedra y poniéndose de rodillas, oraba, diciendo: Padre, si es tu voluntad, aparta de mí esta copa; pero no se haga mi voluntad; sino la tuya. Entonces se le apareció un ángel del cielo fortaleciéndole (Lucas 22:39-43). Cumpliendo así con lo que está escrito: No temas, porque yo estoy contigo; no te desalientes, porque yo soy tu Dios. Te fortaleceré, ciertamente te ayudaré, sí; te sostendré con la diestra de mi justicia. He aquí, todos los que se enojan contra ti serán avergonzados y humillados; los que contienden contigo serán como nada y perecerán (Isaías 41:10-11).

Jesús constantemente se apartaba a orar para ser ministrado por el Padre; esto dio como consecuencia lo que dice la Palabra: Porque no tenemos un sumo sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras flaquezas, sino uno que ha sido tentado en todo como nosotros, pero sin pecado. Por tanto, acérquemonos con confianza al trono de la gracia para que recibamos misericordia y hallemos gracia para la ayuda oportuna (Hebreos 4:15-16). Es por esto que el Señor se compadece de sus discípulos y les advierte de la tentación, pues el mismo fue puesto a prueba y recibió del Padre la fuerza para continuar con la travesía. Siguiendo con la narrativa, vemos al Señor que en medio de la angustia, seguía orando con más intensidad y su sudor era como gruesas gotas de sangre que caían en tierra.

Como podemos ver esta ministración fue tan fuerte que se manifestó en el cuerpo; la sangre nos habla de generaciones y por revelación entendemos que las gotas de sangre son figura de la simiente santa, que salió de los lomos de Cristo y estos son los ministros, pues son ellos los encargados de llevar la carga por presentar delante del Cordero, una iglesia limpia, pura, sin mancha, sin arruga y en toda su gloria (Efesios 5:25-27). El Señor Jesús fue preparado y enseñado en su camino para soportar todos los sufrimientos que le sobre vendrían; Él dijo a sus discípulos: He aquí, subiremos a Jerusalén y el Hijo del Hombre será entregado a

los principales sacerdotes y a los escribas y le condenarán a muerte y le entregarán a los gentiles. Y se burlarán de Él y le escupirán (echando su impureza sobre Él, Levítico 18:8), le azotarán (haciéndole culpable de nuestra transgresión, Deuteronomio 25:2) y le matarán, sin embargo, tres días después resucitará (Lucas 18:31-32). Además de esto le fue puesta una corona de espinos en la cabeza, esto vino a romper la maldición dada a Adán por su transgresión (Génesis 3); sus vestidos sirvieron para que los soldados echaran suertes sobre ellos, sus manos y sus pies fueron perforados, para purificar nuestras obras (manos) y nuestro caminar fuera enderezado (pies), le dieron vinagre y hiel, en lugar de agua, esto vino a quitar nuestro luto por gozo y la hiel vino ser como purgante que limpia nuestras entrañas (alma); como dice el profeta: Creció delante de Él como renuevo tierno, como raíz de tierra seca; no tiene aspecto hermoso ni majestad para que le miremos, ni apariencia para que le deseemos. Fue despreciado y desechado de los hombres, varón de dolores y experimentado en aflicción; y como uno de quien los hombres esconden el rostro, fue despreciado y no le estimamos. Ciertamente Él llevó nuestras enfermedades y cargó con nuestros dolores; con todo, nosotros le tuvimos por azotado, por herido de Dios y afligido. Mas Él fue herido por nuestras transgresiones, molido por nuestras iniquidades.

El castigo por nuestra paz, cayó sobre Él y por sus heridas hemos sido sanados. Todos nosotros nos descarriamos como ovejas, nos apartamos cada cual por su camino; pero el Señor hizo que cayera sobre Él la iniquidad de todos nosotros. Fue oprimido y afligido, pero no abrió su boca; como cordero que es llevado al matadero, y como oveja que ante sus trasquiladores permanece muda, no abrió Él su boca (Isaías 53:2-7 LBLA). Como podemos ver, Cristo pasó por un proceso de sufrimiento sumamente extremo, hasta llegar a morir en la cruz, esto nos habla que nosotros como hijos de Dios, también tenemos que morir juntamente con Cristo, para poder resucitar juntamente con Él. Porque el que ha muerto, ha sido libertado del pecado. Y si hemos muerto con Cristo, creemos que también viviremos con Él, sabiendo que Cristo, habiendo resucitado de entre los muertos, no volverá a morir; ya la muerte no tiene dominio sobre Él. Porque en cuanto Él murió, murió al pecado de una vez para siempre; pero en cuanto vive, vive para Dios. Así también vosotros, consideraos muertos para el pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús (Romanos 6:7-11 LBLA).

Gólgota

La palabra ministración puede definirse como un servicio o dar socorro; en esta revista, hemos podido notar que Jesús recibió muchas ministraciones, tal es el caso de la ministración del Padre en su bautismo, pues en él recibió la Palabra: Este es mi Hijo amado en quien me he complacido (Mateo 3:17), para resistir al tentador. También vemos como Jesús en el Getsemaní, es fortalecido para poder entregar su voluntad. Jesús fue preparado para lo que debía hacer en su ministerio, Él dijo: Porque he descendido del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me envió. Y esta es la voluntad del que me envió: Que de todo lo que Él me ha dado yo no pierda nada, sino que lo resucite en el día final (Juan 6:38-39), es decir que el Señor aún siendo Dios no tomó esto como algo a que aferrase y tomo forma de siervo humillándose a sí mismo (Filipenses 2:7). El evangelio de Marcos nos dice que, faltaban dos días para la Pascua y la fiesta de los panes sin levadura, cuando los principales sacerdotes y escribas, procuraban astutamente matar a Jesús, mas no se atrevieron a hacerlo durante la fiesta, pues no querían que hubiera revuelta entre el pueblo (Marcos 14: 1,2).

Es aquí donde se cumple la profecía de Miqueas ...Con una vara herirán en la mejilla al juez de Israel (Miqueas 5:1), aquellos varones a quienes el Señor había puesto como jueces en Israel, no querían otra cosa más que terminar con la vida de Jesús, pues les era molesto que Él predicara arrepentimiento y obediencia, es decir que los fariseos se habían olvidado que eran siervos de Dios y no de ellos mismos. Aunque Jesús conocía que ya era tiempo de ser entregado, tuvo aflicción pero fue fortalecido por el Padre, pues dice la Palabra: Pero tú has exaltado mi poder como el del búfalo; he sido ungido con aceite fresco (Salmos 92:10). Cuando Cristo estaba en Betania, una aldea que se encontraba cerca de Jerusalén, en casa de Simón el leproso, vino una mujer con un frasco de alabastro de un perfume de nardo puro. Es importante resaltar que Jesús se encontraba en Betania (G963) que quiere decir casa de depresión o miseria, lo que nos habla que Él se encontraba en angustia, pues estaba cerca del momento en el que debía morir, Cristo se convertiría en el cordero que sería llevado al matadero y como oveja que ante sus trasquiladores que permanece muda, no abrió su boca. Por opresión y juicio fue quitado; y en cuanto a su generación ¿quién tuvo en cuenta que Él fuera cortado de la tierra de los vivientes por la transgresión de su pueblo, a quien correspondía la herida? Se dispuso con los impíos su sepultura, pero con el rico fue en su muerte, aunque no había hecho violencia, ni había engaño en

su boca (Isaías 53:7-9). Cuando aquella mujer entró, tomó el alabastro, lo rompió y lo derramó sobre la cabeza de Jesús; algunos al ver esto dijeron que había sido un desperdicio, porque pudo haberse vendido por trescientos denarios y haberse dado el dinero a los pobres. Entonces Jesús dijo: ¡Déjenla en paz! ¿Por qué la molestan? Ella ha hecho algo maravilloso para mí. Pues los pobres siempre estarán con ustedes y ustedes los pueden ayudar en cualquier momento. Pero yo no voy a estar siempre con ustedes. Ella hizo lo que pudo, derramó el aceite sobre mi cuerpo antes de mi muerte. Es una manera de empezar a preparar mi cuerpo para el entierro (Marcos 14:6-8 PDT). En el Antiguo Testamento, el aceite solo era usado para el ungimiento de reyes, sacerdotes y profetas, es decir, que cuando la mujer (la amada), derramó el aceite sobre Jesús, estaba coronando al Señor como su rey, aunque Él muriera, resucitaría con toda autoridad en el cielo y en la tierra (Mateo 28:18). Esto nos enseña que cada uno de nosotros como parte de la Iglesia de Cristo, debemos reconocer al Señor como rey de todas las cosas, pues cualquiera que rechaza al Hijo, también rechaza al Padre. Y si alguien acepta al Hijo, también acepta al Padre (TLA 1 Juan 2:23). Luego de haber terminado la cena, llegaron al Getsemaní y Jesús les pidió a sus discípulos que velaran y oraran, pero ellos no pudieron, porque sus ojos estaban muy cargados de sueño.

La tercera vez que los halló durmiendo, les dijo que Él sería entregado en manos de pecadores; no había terminado de hablar, cuando apareció Judas con una multitud para arrestarlo y llevarlo ante el concilio. A la mañana siguiente, fue llevado ante Pilato para ser juzgado y condenado a morir crucificado. Fue llevado al Gólgota donde fue crucificado y a la hora sexta y hubo una gran oscuridad sobre la tierra hasta la hora novena, cuando el sol dejó de brillar. La cortina del templo se rompió en dos pedazos. Jesús gritó: ¡Padre, te entrego mi espíritu! Después de decir esto, murió (PDT Lucas 23:45-46). Jesucristo padeció por hacer el bien, es decir la voluntad de Dios, pues al morir descendió y predicó a los espíritus encarcelados desde los días de Noé (1 Pedro 3:17-19). Esto nos enseña que Jesús tuvo que despojarse hasta lo más bajo, para que así fuera levantado de entre los muertos y así nosotros alcanzáramos la reconciliación con el Padre y la salvación de nuestra vida (Romanos 5:10). Lo que sucedió con Jesús era necesario

que pasara, pues el profeta Isaías dijo: Dios quiso humillarlo y hacerlo sufrir y el fiel servidor ofreció su vida como sacrificio por nosotros. Por eso, Él tendrá una vida muy larga, llegará a ver a sus descendientes y hará todo lo que Dios desea. Después de tanto sufrimiento, comprenderá el valor de obedecer a Dios. El fiel servidor, aunque inocente, fue considerado un criminal, pues cargó con los pecados de muchos para que ellos fueran perdonados. Él dio su vida por los demás; por eso Dios lo premiará con poder y con honor (TLA Isaías 53:10-11); esto nos enseña que cuando Jesús murió, entregó su voluntad por completo y se hizo obediente, porque por la desobediencia de un hombre, muchos fueron hechos pecadores, de la misma manera, por la obediencia de uno, muchos serán hechos justos, para que así sea quitado el reino de la muerte y así reinara la Justicia, mediante Cristo nuestro Señor (Romanos 5:19-21). Es por esto que cuando Él descendió a los infiernos, arrebató las llaves de la muerte y el hades, ya que Cristo en forma de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte de cruz, por lo que Dios lo exaltó hasta lo sumo y le dio un nombre sobre todo nombre, para para que al nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en el cielo y en la tierra y debajo de la tierra y toda lengua confiese que Jesucristo es Señor, para gloria de Dios Padre (Filipenses 2:8-11). Es decir, que a través de Cristo vino la resurrección de los muertos, porque en Adán todos mueren, pero en Cristo todos serán vivificados (1 Corintios 15:21-22).

Justo después de su muerte, un discípulo de Jesús llamado José de Arimatea, pidió permiso a Pilato para llevarse el cuerpo de Jesús, uno de los maestros de la ley llamado Nicodemo, trajo una mezcla de mirra y áloe como de cien libras. Entonces tomaron el cuerpo de Jesús y lo envolvieron en telas de lino, con las especias aromáticas y lo sepultaron en un huerto cercano al lugar donde murió (Juan 19:38-42). Esto nos habla, de la ministración al cuerpo de Cristo, que como hijos de Dios debemos tener, con nuestra alabanza y adoración, de la manera como la mujer del alabastro y la mujer a los pies de Jesús, nosotros debemos ungir con oleo de alegría su cabeza, para exaltarlo y con nuestra adoración postrarnos a sus pies, para que toda amargura (mirra), se convierta en un perfume que llene toda la casa. Pues sus ungüentos tienen olor agradable y su nombre es como ungüento purificado (Cantares 1:3).

SANTA CENA

5 de enero 2020
10:00 am

17 Ave. 5-62 zona 1 Ciudad de Guatemala

¡Escúchanos!



elfaroradio.online
idcluzdelasnaciones@gmail.com